

aquellas obras que emprendía: así lo vemos en *El problema*, que de ese modo, con certificaciones irrecusables, desacredita el injusto concepto de inferioridad en que a los latinoamericanos se nos tiene con respecto a la gente del Norte; porque la historia atestigua con lujo de testimonios nuestra aptitud congénita para llevar a cabo empeños cuya realización pide audacia y empuje en el mortal que las acomete; no ha disminuido, no, nuestra capacidad para la empresa ardua, para el trabajo rudo: lo que sí ha cambiado, y esto a influjo de la civilización, es el objeto que enantes se perseguía por medio de esas virtudes y otras análogas; sí: el latino de aquende allá se hombría en las maestrías del comercio y de las industrias con el saxoamericano: conclúyese lógicamente de aquí que *El problema* comporta un hábil alegato reivindicatorio, de ningún modo inoportuno, en favor de los indoeuropeos, cuya capacidad tecnológica, como agente de engrandecimiento, se pone en tela de juicio: el alegato, después de todo, ahora y siempre tendría indiscutible oportunidad, porque se ha llegado a admitir como cosa evidente que nuestra raza, tras centurias de gloriosa dominación, en que, sin calcular el límite de las posibilidades, derrochó locamente sus mejores energías, ha entrado, al fin, por ley de orden biológico, ineludible, como tal, en el período de la decadencia; esa deplorable especie, o mejor aún, ese deplorable prejuicio, que actúa como una morbosa obsesión, deprime en verdad nuestro ánimo, hasta caer en abandono que ahoga todo conato de defensa; pero la generosa y fecunda potencialidad de la raza está sólo

latente: para sobreponerse con efectividad a todo posible riesgo de subordinación, cumple al pueblo de estos países no ceder cosa a sus temibles competidores y entrar de lleno y con resolución en la lucha,—que es lucha de trabajo,—no sin haberse provisto, eso sí, de los instrumentos con que, en cuanto emprende, logra triunfos ruidosos el pueblo hoy en auge; porque sin esos instrumentos, aun la idoneidad científica carece de eficiencia para alcanzar éxito que, en su misma brillantez, no sea, o ilusorio o frustráneo. A tal conclusión conduce directamente la lectura cuidadosa de este libro, y no porque el autor lieve hasta allí a sus lectores por en medio de tendenciosos apartes; no: para llegar a ese resultado, el autor, que se ciñe hábilmente a su modesto papel de cronista, sólo ha necesitado construir un pequeño mundo, allí donde el bosque enredado ha poco su melena hirsuta, con los materiales que le ofrece el espectáculo de una realidad sagazmente adivinada en la lejanía por su imaginación de zahorí. Magüer fruto de juventud, hay en esta novela de nuestro conterráneo sólidas cualidades de madurez,—la observación, por ejemplo; no encontraréis allí cosa alguna que no refleje la vida por los diferentes aspectos a través de los cuales él la ha contemplado; su armazón forma unidad orgánica; está escrita con elegante desenvoltura; la naturalidad excluye toda sospecha de artificio. Aparte la generosa finalidad que este libro encubre discretamente,—por su concepción, por su desarrollo, por su factura literaria, en fin. *El problema* de Máximo Soto Hall es una bella obra, en su género.

y una fuerza ciega, porque no contempla nada más que los beneficios del momento. La conquista de las rutas aéreas cuenta con esa fuerza y con la indiferencia total de la masa popular. La consecuencia es funesta. País que entregue su espacio a la zarpa de afuera es país limitado por el lado que un principio de libertad manda tener abierto a todas las alas.

Nuestro país ha entregado lo que el himno llama «límpido azul de tu cielo». Con gran pompa acaba de inaugurarse el servicio del correo aéreo. Es un brazo de ese Imperio Aéreo, la *Pan-American Airways Co.*, el que apretará dentro del cuenco férreo de su mano los millares de sacos confiados al monopolio. La voz trashumante, cuyo único destino es ahucarse por donde sople el viento que la tumbe a los caudales que la sustentan, nos pregonó el bien de los alatazos de estos aviones civilizadores. Pero esa voz, que no por gastada debe sernos indiferente a los que hemos venido pidiendo la custodia de nuestras rutas aéreas, con un sentido visionario, tiene que comprender nuestra repugnancia por su intromisión. No vaya esa voz a llevar a la hoja impresa que lo tiene destacado en este lado de la línea ecuatorial, afirmaciones falsas. Ante todo deberá contenerse de decir que nuestro país ha recibido con la aviación de la *Pan-American Airways Co.*, el influjo de la civilización. Si esta Compañía ha clavado su estaca en suelo costarricense es aprovechándose de nuestra desorientación. Es cierto que algunos espíritus preocupados intentaron ahuyentarla, denunciándola como un agente de esclavitud, pero los principios en que sustentaran su campaña son tan sólo estorbos contra la civilización, lo que la miopía y la mala fe entienden por civilización cuando hay que convertir a un país en campo de negocios. Esos enemigos de la civilización no han estado nunca con la *Pan-American Airways Co.*, porque este *trust* del aire viene impulsado por el satanismo que se expande allá en el Norte y busca el rumbo de estos países fáciles a la conquista.

Si un diario importante de nuestra América nos hiciera el honor de preguntarnos qué deseamos en materia de aviación para nuestro país, contestaríamos por cable si la magnanimidad editora nos lo hubiera confiado, que control absoluto de nuestras rutas aéreas. Afirmaríamos el principio de que sin libertad en el espacio no se concibe libertad en el suelo. Los progresos que la aviación va realizando día con día deben ponernos alerta. Lo que ahora entreguemos bajo el apresuramiento del capital fenicio, no tendrá dentro de breves años rescate posible. Nos apaciguan diciendo que el contrato por el cual la *Pan-American Airways Co.* se ha establecido en Costa Rica, está limitado a quince años. Pero eso es negarse a discernir. Esa Compañía no nació entre pingüinos sino entre gerifaltes. Tiene todos los confines de nuestras tierras y de nuestros ríos para asiento de su estaca. Es la primera que llega y será también la única. Para toda otra nave en cuyas alas se vislum-

Justo A. Facio

San José, Costa Rica; Noviembre de 1928.

(Envío del autor)

## Estampas

### El imperio del aire es tan funesto como el de la electricidad

No hace mucho estas mismas páginas eminentes del *Repertorio* diseminaban por América el pensamiento de Blanchard denunciando *El Imperio Eléctrico del Tío Samuel*. La voz admonidora de los peligros de las fuerzas oscuras acaparadoras de la energía eléctrica del Continente nuestro venía, como en tantas ocasiones, de la propia nación norteamericana.

Hemos aguardado la voz de allá que nos despierte a los peligros de *El Imperio Aéreo del Tío Samuel*. No ha venido aún, no obstante la expansión incontenible con que la nueva cetrería del Norte va sometiendo a su exclusivo dominio las rutas aéreas de estos pueblos. Y sin embargo, es el del aire un imperio tan funesto como el de la electricidad. Y por lo mismo, menos propicio a ser percibido por nuestros pueblos. De las rutas aéreas no podrá servirse durante mucho tiempo sino cierto sector burgués sin visión de los valores que dan contextura libre a estas nacionalidades vacilantes. Lo cual hace insensible a la gran

población, que es al final la que sufre todos los vasallajes de conquista.

El término burguesía, como el término proletariado, nos son repugnantes. Han sido y siguen siendo tan sobajados que no conservan nada de su sentido real. Sin embargo, no encontramos en esta ocasión una expresión que reúna con tanta exactitud a ese coro de mentalidades prontas a abrirse a las falacias del progreso. Acudimos al término burguesía y enfila él ese elemento humano de ideas reducidísimas, ignorantón, engréido, con una concepción agraria del país. Es a este elemento al que penetra la civilización importada explotándole su vanidad y su falta de escrúpulos. Porque el capital norteamericano que nos conquista necesita el taladro que acomode la expansión de la estaca. Y es el hombre inescrupuloso el que mejor lo sirve.

Con la aviación estamos viendo cómo el burgués es el que la exalta para condenar a los países que no la tienen. Constituye una fuerza en favor de ese nuevo *Imperio Aéreo del Tío Samuel*,